

LA ENCUESTA COMO UN ARTEFACTO CULTURAL: APLICACIÓN DEL ESTUDIO INTERNACIONAL DE AUTOINFORME SOBRE DELINCUENCIA JUVENIL A ADOLESCENTES LATINOAMERICANOS

Juan Antonio RODRÍGUEZ

Profesor de Criminología. Universidad de Los Andes, Venezuela

Neelie PÉREZ SANTIAGO

Profesora de Criminología. Universidad Central de Venezuela

Christopher BIRKBECK

Profesor de Criminología. Universidad de Salford, Reino Unido

SUMARIO: A. Introducción. B. La Encuesta Internacional de Autoinforme de la Delincuencia: Una breve biografía. C. Las diferencias entre culturas. D. Diferencias claramente marcadas. E. Profundizando la mirada: Ambigüedad normativa. F. Diferencias ocultas. F.1. Familia. F.2. Iguales. F.3. Los doce meses anteriores. F.4. ¿Quién soy? F.5. Abordando las diferencias ocultas. G. Conclusión. Referencias.

Resumen: Las encuestas están frecuentemente marcadas por el lenguaje, los patrones de pensamiento, la experiencia y las expectativas del entorno cultural de sus diseñadores. Esta tendencia genera algunos problemas —fácilmente detectables— cuando se utiliza un instrumento diseñado por investigadores pertenecientes a una cultura en proyectos internacionales y pluriculturales de investigación (por ejemplo, en la búsqueda de términos equivalentes en la traducción). Pero también pueden surgir otros problemas menos evidentes que se derivan de las diferencias potencialmente ocultas en la experiencia social, los valores y los esquemas cognitivos de los encuestados en cada país. Utilizando ejemplos tomados de la reciente aplicación de

la Encuesta Internacional de Autoinforme sobre la Delincuencia Juvenil a los adolescentes venezolanos, este artículo identifica algunos desafíos potenciales que surgen cuando se les presenta a los jóvenes de un país latinoamericano (Venezuela) un instrumento de medición que fue diseñado teniendo en mente a los adolescentes de los países que representan democracias industrializadas. También se esbozan algunas estrategias para abordar estos desafíos.

Palabras clave: cultura, Encuesta Internacional de Autoinforme, América Latina, delincuencia juvenil, criminología comparada.

Abstract: Survey instruments are often watermarked with the language, thought patterns, experience and expectations of their designers' cultural world. This creates some evident challenges when using surveys in international research projects (for example, in finding equivalent terms in translation), but also some less evident ones deriving from potentially hidden local variations in social experience, values and cognition. Using examples from the International Self-Report Delinquency Study, this article identifies several potential challenges to measurement that arise when an instrument designed with the youth of industrialized democracies in mind is presented to adolescents in a Latin American country (Venezuela). Some strategies for addressing these challenges are outlined.

Keywords: culture, International Self-Report Delinquency Study, Latin America, delinquency, comparative criminology.

A. Introducción

¿Qué tan bien viajan las encuestas? Quizá esta pregunta captura adecuadamente los desafíos identificados por muchos investigadores interesados en proyectos internacionales (v. gr. Berry y otros, 2002; Greenfield, 1997). En otras palabras, ¿los instrumentos de medición diseñados para una cultura tienen el mismo nivel de validez y fiabilidad cuando se utilizan en otras partes? O ¿será que los instrumentos «importados» interactúan con las condiciones culturales de los encuestados locales causando así cambios en el proceso de medición, lo cual a todas luces puede complicar las comparaciones entre los distintos lugares que participan en un mismo estudio?

A título de ejemplo, podemos citar la investigación de Ssamula (1995), quien participó en un proyecto internacional de encuestas de víctimas desde la ciudad de Kampala, Uganda. Ssamula utilizó un cuestionario promovido por las Naciones Unidas, el cual había sido diseñado por investigadores de países industrializados y evaluado

en estudios pilotos en Estados Unidos, Países Bajos y Finlandia. Los tipos de victimización incluidos en el instrumento eran aquellos que típicamente ocupan la atención de los ciudadanos en esos países incluyendo, por ejemplo, el hurto de carros y bicicletas, el robo, la violencia interpersonal y –con relación únicamente a las mujeres– los casos de victimización sexual. La presencia de este último renglón en la encuesta se debía, indiscutiblemente, al cambio en la posición social y política de la mujer originado a partir de los años 1960 en los países industrializados gracias a movimientos como el feminismo. A la par de una mayor conciencia sobre la situación de la mujer, se hacía ya común ventilar los problemas de abuso sexual a la que estaba sometida, y de allí la sentida obligación de preguntar por ellos en una encuesta de víctimas y el apoyo social a las que reportaban tales incidentes. En Uganda, Ssamula observó que muchas mujeres mostraban incomodidad cuando se les preguntaba por posibles casos de victimización sexual, incomodidad que parecía incrementarse con la edad de la persona encuestada. Si bien podemos pensar que este tema es delicado en cualquier sociedad, también tenemos que preguntarnos, entre otras cosas, por la estructuración social de la sexualidad y sus desviaciones en cada cultura, por la situación de las mujeres en esa sociedad, por la construcción de lo público y lo personal o privado, y por la disposición de hablar sobre estos temas con extraños (como lo son los encuestadores) ¿Será que la incomodidad manifestada por las mujeres de Uganda haya inhibido la disposición de mencionar casos de interés para la encuesta? Y de ser así, ¿cuánta validez se puede atribuir a comparaciones de las tasas de victimización sexual entre Uganda y, por ejemplo, Estados Unidos, Países Bajos o Finlandia? Este tipo de preguntas invita a evaluar: 1) el grado en que las encuestas reflejan el mundo cultural de sus diseñadores; 2) si el contenido idiosincrático afecta la medición de forma comprobable; y 3) cómo se puede superar cualquier sesgo resultante.

Sin duda, estos temas solamente pueden ser resueltos por la investigación sistemática. Así, aunque la noción del «viaje» evoca una imagen relacionada con el diseño, «transporte» y aplicación de un instrumento de medición, los procesos de diseño y difusión internacional de los cuestionarios son claramente más complejos que lo insinuado por una metáfora del viaje. Podríamos decir que los instrumentos que «viajan» representan un **modelo intercultural** de difusión de encuestas que, en su forma más pura, está representado por un grupo de investigación de una cultura particular el cual diseña un instrumento y luego lo usa en otros contextos culturales o, lo que es lo mismo, los investigadores trabajando en otras culturas emplean el instrumento en algún proyecto de interés local. El **modelo alternativo multicultural**

es, en cambio, aquel en el que los investigadores de varias culturas se unen para diseñar un instrumento común que utilizan en diferentes lugares. De hecho, estos dos modelos podrían ser colocados en los extremos opuestos de una escala de iniciativas específicas de investigación ubicadas a lo largo de ella. Pero mientras hay más probabilidades de que el modelo intercultural se planteé preguntas sobre la validez y la confiabilidad del instrumento de investigación con respecto al modelo alternativo multicultural, una evaluación detallada de los ítems en función de las especificidades o generalidades culturales es necesaria en todos los proyectos de encuestas internacionales.

Del mismo modo, mientras que la evaluación de la especificidad cultural de los ítems de una encuesta se puede hacer con diferentes grados de certeza, el efecto de esa especificidad en los datos (si lo hay) requiere de la investigación sistemática. Los científicos sociales han dedicado considerables esfuerzos al estudio de la interacción entre el contenido de los instrumentos y las respuestas recibidas. Y han podido evidenciar que dos formas distintas de hacer la misma pregunta pueden arrojar resultados diferentes. Esto está bien ejemplificado en la criminología por la extensa labor de evaluación y perfeccionamiento metodológico de las encuestas que miden tanto la delincuencia como la victimización (Junger-Tas y Haen-Marshall, 1999; Thornberry y Krohn, 2000). Por ejemplo, se ha constatado, con datos estadounidenses, que no da lo mismo preguntar por casos de victimización ocurridos durante el último semestre y casos ocurridos durante el último año. La cantidad de casos reportados para el último semestre siempre es más del doble de casos reportados para el último año, lo cual indica que la retención en la memoria de hechos de victimización (sobre todo los de menor gravedad) se debilita con el paso del tiempo: algunos de los casos de victimización ocurridos durante el primer semestre del año tienen que haberse olvidado (Lynch y Addington, 2011). Hasta los momentos, este tipo de efecto ha sido estudiado en países con cierta homogeneidad cultural en los que las diferencias surgen de las maneras alternativas de formularse las preguntas. Pero ¿qué pasa cuando la misma pregunta es empleada en contextos culturales distintos? ¿Qué pasa si la estructuración de la memoria varía de una cultura a otra? La exploración de estos y otros efectos en el contexto internacional ha estado ausente en Criminología y sólo está empezando a ser abordado en otros campos tales como los estudios del desarrollo y de los servicios de salud (por ejemplo, Beaman y Dillon, 2012; Das y otros, 2012) a los que aludiremos más adelante.

En este trabajo tomamos el ejemplo de la aplicación de la Encuesta Internacional de Autoinforme (ISRD, por sus siglas en inglés) en

Venezuela¹ como caso de estudio para explorar las especificidades culturales de un instrumento internacional y evaluar sus posibles consecuencias para la validez y fiabilidad de la medición y para la comparación de los datos venezolanos con datos provenientes de otros países participantes en la misma encuesta. Nuestro planteamiento principal será que el instrumento ISRD está fuertemente marcado por la cultura en la que se diseñó, una cultura que caracteriza a las sociedades altamente industrializadas del norte de Europa, EE. UU. y Canadá. Aunque Venezuela es un país urbanizado de ingresos medios y rico en petróleo, lo cual le proporciona semejanzas con respecto a las sociedades industrializadas, también muestra diferencias. Según los investigadores que intentan clasificar las culturas del mundo –tarea que, hay que reconocerlo, no es fácil– Venezuela no se clasifica con los países industrializados. Por ejemplo, en un estudio ampliamente citado Hofstede ([1980] 2001) distinguió entre culturas «individualistas» y culturas «colectivistas». Las primeras incluyen, aunque no se restringen a, los países altamente industrializados, mientras que las culturas colectivistas se encuentran en muchas otras partes del mundo, incluyendo a Venezuela. De modo similar, el antropólogo Hall (1976) clasificó las culturas como de «contexto alto» o «contexto bajo» —conceptos complejos que intentan captar la fortaleza de los grupos sociales y el papel del lenguaje en el proceso de comunicación— y nuevamente Venezuela se encuentra en el grupo de culturas de «contexto alto» frente a los países altamente industrializados que Hall considera de «contexto bajo». Si bien estas son caracterizaciones muy gruesas que ameritan evaluación empírica sistemática, ellas apuntan hacia una diversidad cultural que puede afectar el proceso de medición social llevado a cabo mediante las encuestas.

Para desarrollar nuestro argumento, las particularidades de la encuesta ISRD son identificadas mediante una exploración de las diferencias entre el mundo vivencial y cognitivo contenido en sus ítems y el mundo vivencial y cognitivo que, probablemente, experimentan muchos adolescentes venezolanos. Algunas de estas diferencias son relativamente fáciles de detectar y contrastar, y son originadas por diferentes mecanismos de organización de las actividades e instituciones en Venezuela. Otras son bastante fáciles de hallar pero más difíciles de corroborar, por ejemplo, las derivadas de la ambigüedad normativa que rodea a conductas específicas y que ponen en duda la validez de las medidas de delincuencia. Y otras son difíciles tanto de encontrar como de

¹ Los autores de este artículo integran el equipo de investigación que coordinó la aplicación de la tercera edición de la Encuesta Internacional de Autoinforme (ISRD-3) en Venezuela durante los años 2012 y 2014.

fundamentar, lo que requiere de un buen ojo sobre los arreglos sociales y marcos cognitivos, y una amplia investigación para documentarlas. Sobre la base de una variedad de fuentes y enfoques, sugerimos algunas especificidades en cada uno de estos niveles de análisis para el caso venezolano; además, especulamos sobre la posible incidencia de ellas en la validez y fiabilidad de los datos recogidos con el instrumento ISRD. Cabe acotar que en cada nivel de análisis se propone brevemente una estrategia para hacer frente a los problemas de medición.

B. La Encuesta Internacional de Autoinforme de la Delincuencia: Una breve biografía

Los estudios de autoinforme, también conocido como de autodenuncia o autorrevelación, piden al encuestado de manera anónima indicar si ha incurrido en diferentes tipos de conductas delictivas y/o comportamientos problemáticos afines. Para aumentar los niveles de sinceridad en las respuestas son condiciones necesarias que el investigador no sepa la identidad exacta de las personas que participan en la encuesta y que el encuestado llene el instrumento por su cuenta; razón por la cual el ambiente educativo es el idóneo para su aplicación. «El investigador se mantiene alejado de los cursantes para evitar cualquier posibilidad de observar las respuestas de ellos - y pide que, al terminar la encuesta, la dejen sobre la mesa o escritorio designado para tal fin». (Birkbeck, 1995:4). En general, los estudios de autoinforme evitan preguntar sobre comportamientos delictivos graves como el homicidio o la violación por considerar que no se admitirán por parte de los encuestados y se limitan a medir la participación en hechos de menor gravedad, algunas de los cuales conllevan una reprobación social pero no una sanción legal (Hindelang y otros, 1979).

Los primeros experimentos metodológicos con las encuestas de delincuencia autoinformada desarrollados en los Estados Unidos (enfocados no solamente sobre niveles de sinceridad sino también sobre asuntos relacionados con la comprensión de las preguntas y la precisión de la memoria) permitieron concluir, como más tarde lo resumieron Thornberry y Krohn (2000:33), que «los datos de autoinforme [de la delincuencia] parecen aceptablemente válidos y confiables para la mayoría de los propósitos de investigación». De hecho, el autoinforme de la delincuencia fue institucionalizado en los EE. UU. por la Encuesta Nacional de la Juventud (NYS por sus siglas en inglés) desde mediados de la década de 1970 (Elliott y Huizinga, 1989). Esta experiencia proporcionó algunos de los antecedentes intelectuales y metodológicos

para la ISRD (por ejemplo, Klein, 1989), que fue iniciada por el Centro Holandés de Investigación y Documentación en 1990 (Aebi, 2009).

Al igual que la Encuesta Internacional de Victimización del Delito (ICVS) (van Dijk, Kesteren y Smit, 2007), el proyecto ISRD fue puesto en marcha desde los Países Bajos (Junger-Tas, 2010). Se trata de una investigación internacional cuyo objetivo es observar y comparar las diferencias, similitudes y tendencias de la delincuencia juvenil y la victimización entre los países participantes y explorar empíricamente teorías criminológicas relacionadas con el tema que aporten en el diseño de políticas públicas en esta materia. Hasta la fecha, éste ha tenido tres fases: el ISRD-1 (1991-92), el ISRD-2 (2005-07) y el ISRD-3 (2012-14). El ISRD-1 se centró en jóvenes de 12 a 18 años (el mismo grupo de interés para la NYS en Estados Unidos) localizados en su hogar o en la escuela. Participaron trece países en este estudio, principalmente de Europa, aunque también tomó parte los Estados Unidos. El ISRD-2 conservó muchas de las características del primer proyecto, pero también se incorporaron algunos cambios (Junger-Tas y otros, 2010). Por ejemplo, se redujo el grupo de edad analizado a jóvenes que asistían del primero al tercer año de bachillerato (aproximadamente jóvenes de 12 a 15 años dependiendo del sistema educativo de cada país); principalmente se tomaron muestras por ciudades en cada país participante en vez de una muestra a nivel nacional; y se utilizaron exclusivamente muestras basadas en la escuela. El liderazgo del proyecto estuvo a cargo de un grupo internacional de investigadores con sede en Europa Occidental y América del Norte, que tenía la responsabilidad principal de decidir sobre la estrategia de muestreo y el diseño del instrumento. Otros países fueron invitados a participar y un total de 31 efectuaron la recolección de datos entre 2005 y 2007. De ellos, 25 estaban situados en Europa y seis en las Américas. Este último incluyó a Canadá y los EE. UU., y también a dos naciones insulares del Caribe (Aruba, Antillas Holandesas) y dos países de América del Sur (Surinam, Venezuela).

El ISRD-3 abarcó un número mayor de países con respecto al segundo proyecto (35), y de nuevo se incluyó a Venezuela. En líneas generales, se conservó el mismo grupo de edad en la muestra, el plan de muestreo siguió fundamentado en ciudades y escuelas, y se mantuvieron muchos de los ítems del cuestionario diseñado para el ISRD-2. Congruente con los propósitos de los coordinadores internacionales, se utiliza el proyecto ISRD para poner a prueba empírica algunas teorías de la delincuencia de mayor perfil en la criminología contemporánea. Así, el ISRD-3 conservaba del ISRD-2 preguntas sobre la familia, la escuela, el vínculo a la comunidad (todas de relevancia para la teoría de control de Hirschi [1969]), y sobre el autocontrol (concepto propuesto por Gottfredson y Hirschi [1990] en su teoría general del delito). A ellas

se añadieron preguntas relativas a la teoría de la acción situacional de Wikström (2009), la teoría de anomia institucional de Messner y Rosenfeld (2007) y la teoría de la justicia procedimental (Tyler, 2006).

En términos de los dos modelos de diseño y aplicación de encuestas internacionales identificados en nuestra introducción a este artículo (intercultural, multicultural), la ISRD es un caso intermedio. Sus raíces en la Criminología de EE. UU., sin duda, han ejercido una fuerte influencia en la elección de las variables a medir en la encuesta y en el marco cognitivo empleado para la obtención de información sobre la prevalencia e incidencia de las conductas de interés. Los organizadores europeos y el resto de los países asociados al ISRD han participado en extensas discusiones sobre el diseño del instrumento, principalmente en lo relacionado a los ítems para medir la delincuencia (Junger-Tas y otros, 2010: 2; Junger-Tas y otros, 2003: 4). Sin embargo, faltaría por considerar la manera en cómo puede afectar la validez y confiabilidad del instrumento la variación en los arreglos sociales de los países participantes en la encuesta y las expectativas y formas de pensar de los que la responden. Este es un tema de importancia si se toma en cuenta que el proyecto se ha extendido a Europa del Este, Rusia, El Caribe y América del Sur, ampliando la heterogeneidad cultural de las muestras incluidas en el proyecto internacional. Sin duda, esto debe contemplarse como un esfuerzo necesario para tratar de asegurar resultados comparables (Haen-Marshall, 2010) y un requisito obvio es utilizar un instrumento común y estandarizado. Sin embargo, para cumplir con este último requisito, hasta ahora la atención se ha centrado solamente en la traducción de los ítems en lugar de su diseño acorde a cada cultura en la que se aplica. Si bien la traducción buscar garantizar la equivalencia semántica entre la misma pregunta redactada en diferentes idiomas, nada puede contribuir a lo que podríamos denominar la equivalencia cultural de los ítems, esto es, *grosso modo*, la referencia a segmentos de experiencia y significados similares que se reportarían en la encuesta. Por ello, en las siguientes secciones, se identifican algunas de las características potencialmente etnocéntricas de la encuesta ISRD-3, mediante la comparación de algunos de sus ítems con lo que podría ser el mundo social cotidiano y experiencia de los adolescentes venezolanos. Algunas de estas particularidades son fácilmente detectadas y fundamentadas, y otras no tanto.

C. Las diferencias entre culturas

El instrumento ISRD-3 consta de 11 módulos, o secciones, que contienen 73 preguntas principales (ver Tabla n.º 1). Muchas de

estas incluyen repeticiones secuenciales de la pregunta principal. Por ejemplo, la pregunta 7.1, sobre las conductas delictivas en que haya incurrido el encuestado, tiene 15 subgrupos de preguntas separadas, y cada una de ellas se refiere a un tipo de delito específico (hurto, robo, agresión, etc.). Como es de esperar, muchos de los ítems del instrumento no suelen plantear problemas de equivalencia cultural – al menos desde el punto de vista de la población urbana de Venezuela². Por ejemplo, pedirles a los adolescentes de Caracas que indiquen su edad en años, si han perdido a alguno de sus padres por muerte, y la frecuencia con la que hacen sus tareas escolares, parece no ser diferente a preguntar las mismas cosas a los adolescentes de la mayoría de las otras grandes ciudades del mundo. Así, nuestro análisis de las particularidades culturales en el instrumento ISRD se centra en preguntas seleccionadas o subítems, partiendo de ejemplos que son bastante evidentes, fácilmente demostrables y sencillos de resolver, para pasar a casos que son indicativos, con menor facilidad de demostración y algo más difíciles de solucionar.

Tabla n.º 1. ISRD-3: Descripción general del instrumento

PARTE 1. (Preguntas comunes a todas las encuestas ISRD)

Módulo 1. Perfil demográfico (preguntas 1.1 – 1.15)

Módulo 2. Familia (preguntas 2.1 – 2.4)

Módulo 3. Escuela (preguntas 3.1 – 3.7)

Módulo 4. Victimización (preguntas 4.1)

Módulo 5. Tiempo libre y amigos (preguntas 5.1 – 5.10)

Módulo 6. Actitudes y valores (preguntas 6.1 – 6.7)

Módulo 7. Delincuencia (preguntas 7.1 – 7.2)

PARTE 2. (Preguntas específicas para la ISRD-3)

Módulo 8. Uso de drogas (preguntas 8.1 – 8.6)

Módulo 9. Fuerza de la transmisión de las normas (preguntas 9.1 – 9.4)

Módulo 10. Preguntas sobre la justicia procedimental (preguntas 10.1 – 10.8)

PARTE 3. (Preguntas opcionales – según los intereses de cada país participante)

Módulo 11. Bandas (11.1 – 11.8)

Final del instrumento (Modulo 98, sin numeración: para estimar el grado de sinceridad en las respuestas anteriores)

² Greenfield (1997) cita ejemplos de las culturas indígenas los cuales indican que algunas suposiciones básicas y dadas por sentado sobre la cognición y la construcción de significados en sociedades Occidentales, como los modos de clasificar objetos o de construir el yo, son culturalmente variantes y requieren una reflexión cuidadosa en el estudio y diseño de la encuesta. Como no incluimos en nuestra muestra grupos indígenas como el Warao, Wayuu, o Yanomami en Venezuela, no nos ocupamos de diferencias culturales a este nivel.

D. Diferencias claramente marcadas

Cuando hacen referencia a objetos, actividades e instituciones, los ítems de una encuesta pueden reflejar las experiencias típicas de sus diseñadores. Por ejemplo, una de las conductas específicamente indicada en la pregunta 7.1 del instrumento ISRD-3 es el hurto de bicicletas. Ahora bien, quien ha visitado los Países Bajos y otros países cercanos fácilmente puede percatarse de la importancia de la bicicleta como modalidad de transporte urbano –las hay por montones en muchas calles urbanas– y de allí la identificación del hurto de bicicletas como un tipo común de delincuencia menor. En Venezuela, por el contrario, la bicicleta no tiene la misma importancia como medio de transporte urbano, situación que obedece a varios factores: el costo de la bicicleta relativo a los ingresos del ciudadano común, la incomodidad de trasladarse por este medio en las zonas tropicales que abarcan la mayoría del país o en las zonas montañosas con pendientes muy marcadas, y el riesgo percibido de montarse en bicicleta en el tráfico intensamente anárquico de las ciudades. Como resultado, el ciclismo se tiende a restringir a una creciente minoría que lo toma como deporte. Por lo tanto, preguntarles a los adolescentes venezolanos si han hurtado una bicicleta es de escasa relevancia cuando se trata de medir la cantidad y variedad de su conducta delictiva.

De igual manera, otro ítem del ISRD-3 pregunta a los encuestados si han participado en «una pelea entre varios en la calle, en un estadio de fútbol, o en otro lugar público». En este caso, la mención prominente de los estadios de fútbol evoca no solamente el mundo del fútbol europeo, sino su importancia potencial para la violencia juvenil, resaltada por la construcción social del *hooligan* en la prensa nacional de varios países de esa región. En cambio, como país deportivo, Venezuela es más caribeño que latinoamericano, con un desarrollo más fuerte del béisbol que del fútbol. Si bien se ha generado cierta violencia en los partidos de fútbol, la gran mayoría de los venezolanos tienen mayores probabilidades de haber asistido a un partido de béisbol, si acaso han acudido a un evento deportivo – porque la frecuencia de asistencia a eventos deportivos puede ser más baja en este país que en Europa o América del Norte.

Como último ejemplo de diferencias evidentes, otra pregunta pide a los encuestados responder si alguna vez han tenido contacto con la «policía» en relación a las conductas delictivas enumeradas anteriormente en el instrumento. Adicionalmente, el módulo 10 tiene ocho preguntas sobre la percepción de la policía. La dificultad

en este caso se refiere en qué y en quién puede pensar un adolescente venezolano cuando se le pregunta sobre la «policía». Esto se debe a que, como en la mayoría de los países de América Latina, hay un número de organismos que se dedican a la labor policial, pero no todos ellos llevan la palabra «policía» en su nombre. En Caracas, por ejemplo, los adolescentes pueden ver funcionarios adscritos a la Policía Nacional Bolivariana, creada en 2009 mediante la fusión de la policía estatal, municipal y de tránsito. Sin embargo, también verán «guardias nacionales» (de la Guardia Nacional Bolivariana), un cuerpo netamente militar con funciones policiales como el patrullaje y el control del orden público. Igualmente, verán «detectives» «funcionarios» o «agentes» de la policía científica (conocida formalmente como el Cuerpo de Investigaciones Científicas, Penales y Criminalísticas) que investigan el delito y desarrollan actividades de patrullaje. Por lo tanto, al responder a las preguntas del instrumento ISRD-3 sobre la policía ¿el adolescente pensará en aquellos que son llamados policías o en aquellos que se dedican al trabajo policial? ¿Y podrían las percepciones y experiencias variar notablemente entre los diferentes organismos? Esta posible confusión no es exclusiva de Venezuela; también se comparte con otros países de Latinoamérica y con algunos de Europa (por ejemplo, España e Italia).

Afortunadamente, la naturaleza obvia o superficial de este tipo de problemas, que se deriva de diferentes características de las actividades e instituciones, sugiere soluciones relativamente sencillas al momento de diseñar las preguntas de una encuesta. De este modo, la variada importancia asignada a las bicicletas y el fútbol a través de diferentes culturas apunta a la necesidad de formular preguntas en términos de referentes más generalizados. Por ejemplo, a los encuestados se les puede preguntar sobre el hurto de «cosas», mencionando algunos ejemplos generales (por ejemplo, teléfonos, carteras o dinero) o varios ejemplos más particularizados como, por ejemplo, las bicicletas (en Europa) y los bolsos (en América Latina). En relación a las peleas en grupo, los estadios de fútbol podrían ser cambiados por «eventos deportivos o conciertos»³. Y, para las preguntas sobre la policía, los organismos respectivos tendrían que ser detallados brevemente en cada país en el que se aplique la encuesta.

³ Para un caso similar en relación con la variación de la importancia de los deportes en diferentes contextos nacionales, consulte Banville y otros (2000: 375)

E. Profundizando la mirada: Ambigüedad normativa

Desde que aparecieron las encuestas de autoinforme, los investigadores han estado conscientes de la diferencia entre delincuencia juvenil entendida como concepto general, y la delincuencia de los jóvenes que se mida mediante un cuestionario (ver, por ejemplo, Elliott y Huizinga, 1989; Junger-Tas y Haen-Marshall, 1999; Thornberry y Krohn, 2000). Por una parte, hay algunos comportamientos ampliamente reconocidos como delitos, pero de tal gravedad (dimensión ética) y tan poca prevalencia (dimensión metodológica) que se considera inapropiado incluirlos en una encuesta. Tal es el caso del homicidio. Por otra parte, hay demasiados comportamientos delictivos de menor gravedad como para incluir todos en un solo instrumento. Así, por ejemplo, los delitos de incendio provocado, resistencia a la autoridad, estafa o aprovechamiento de cosas provenientes del delito rara vez, si acaso alguna, aparecen entre la lista de comportamientos en una encuesta de autoinforme. Y, por último, hay comportamientos –llamados «delitos de estatus»– que solamente se consideran problemáticos cuando son manifestados por los adolescentes, tales como, no asistir a clase, fugarse del hogar o comprar alcohol y cigarrillos.

En los países industrializados, la discusión sobre la medición de la delincuencia juvenil se ha centrado principalmente en la validez de los delitos de estatus y en comportamientos delictivos triviales como indicadores de la delincuencia en general, en el número y la variedad de comportamientos que se incluyen en las encuestas, y en la forma en que se calcula la incidencia de la delincuencia. Algunos proyectos internacionales plantean, adicionalmente, las diferentes perspectivas normativas y legales sobre el comportamiento, y esto porque lo que es una conducta problemática o delictiva en un país puede no serlo en otro. Aunque el equipo de coordinación de la ISRD ha hecho mucho para desarrollar un conjunto de ítems que sean comunes a todos los países participantes, la inclusión de Venezuela en la ISRD-2 y ISRD-3 pone de manifiesto la necesidad de continuar la discusión sobre la equivalencia normativa de los comportamientos considerados como indicadores de la delincuencia juvenil.

Por ejemplo, uno de los ítems del instrumento desarrollado para la ISRD-3 pregunta a los encuestados si alguna vez han «pintado en una pared, tren, metro o autobús (grafiti)». Notamos, de paso, que los trenes son otro buen ejemplo de una diferencia superficial entre sociedades. En Europa Occidental y algunas otras regiones del mundo hay extensas redes ferroviarias y el tren es un medio de transporte común. No es así en Venezuela, en el que hay una sola línea suburbana de trenes que funciona en Caracas desde 2006, lo cual hace del tren un

medio de transporte generalmente desconocido para los venezolanos. (En cambio, el metro de Caracas sí es ampliamente conocido.) Pero lo más problemático de este ítem es lo referente al grafiti. Aunque el término se conoce en Venezuela y se utiliza para evaluar la pintura de la calle, ya sea como arte o como vandalismo (por ejemplo, El Universal, 2011), también hay una rica variedad de «mensajes» en los espacios públicos, que incluyen la protesta y propaganda política, las consignas morales, los mensajes al estilo de las bandas e, incluso, declaraciones de amor (véase Alonso, 1998). Grupos y personas, muy numerosas y variadas, llenan de mensajes muchas paredes en espacios públicos, los cuales frecuentemente incluyen los muros y paredes exteriores de propiedades privadas que pueden parecer desagradables para quienes se preocupan por la estética urbana (o cuyas paredes privadas hayan sido afectadas), pero en Venezuela los espacios públicos son más un concurso de intereses particulares y actividades en competencia, que sitios para satisfacer valores colectivos de orden o gusto. Si bien hay cierto debate sobre su conveniencia (por ejemplo, El Universal, 2009), las pinturas de la calle y los mensajes varían desde un nivel de patrocinio institucional /artístico/moral a lo claramente destructivo e insultante, y muy rara vez se considera (o controla) como ilegal. Por lo tanto «la pintura en las paredes» podría tener varias connotaciones para los adolescentes. De hecho, los que hayan pintado en las paredes tienen la misma probabilidad de haberlo hecho como parte de una actividad escolar, comunitaria o política, que de haber salido por la noche a dejar un mensaje furtivo.

Un segundo ítem de la encuesta ISRD-3 pregunta sobre la descarga ilegal de música o películas de Internet, una práctica que se trata de controlar en los países industrializados por medio del monitoreo de la actividad *online* en bibliotecas, escuelas y empresas, y de la fiscalización del comercio formal e informal. En cambio, las copias no autorizadas y sin licencia de música, películas, videojuegos y software están amplia y públicamente disponibles en el sector comercial informal de Venezuela y rara vez son confiscadas por las autoridades (Lugo y Sampson, 2008). A pesar de que se conocen comúnmente como versiones «piratas» (por ejemplo, La Patilla, 2012), su abundancia y disponibilidad posiblemente refuerzan en la mente común las dudas sobre la estricta ilegalidad de estas copias y, probablemente, reflejan la «neutralización normativa» de esta infracción apelando al costo relativamente alto y acceso limitado a copias legítimas. Con la expansión del Internet y de las tecnologías asociadas, los jóvenes se socializan rápidamente en una cultura de la descarga que lleva pocas consecuencias negativas. De hecho, algunos encuestados venezolanos de la ISRD-3 expresaron su sorpresa de que la descarga podría ser considerada ilegal.

Ambos ejemplos (grafiti y descargas ilegales) ponen de manifiesto la ambigüedad normativa que rodea a algunos comportamientos que, en otros contextos, pueden ser más claramente definidos y reconocidos como ilegales. Ello sugiere que las respuestas a estos dos ítems deben dejarse de lado en el análisis de la delincuencia entre los adolescentes venezolanos, y en futuras aplicaciones de la encuesta ISRD se debe pensar en un conjunto de ítems sobre la delincuencia que sea común a todos los países.

F. Diferencias ocultas

Para el encabezamiento de esta sección, hemos tomado prestado el título de uno de los libros más populares que el antropólogo Edward Hall escribió para empresarios estadounidenses (ver Hall y Hall, 1990). Este investigador destacó con frecuencia que muchas diferencias culturales no son evidentes y solamente se revelan mediante un estudio cuidadoso. Su propio método era en gran medida cualitativo y se basó en extensas entrevistas a ejecutivos empresariales en diferentes países, lo que le llevó a formular descripciones y clasificaciones de las principales características culturales que se pueden observar en diferentes partes del mundo. Como vimos en una sección anterior, sus investigaciones arrojaron una clasificación muy sencilla, pero no por ello (afirmaría Hall) menos profunda, fundamentada en la distinción entre culturas de «contexto alto» y culturas de «contexto bajo». Una cultura de contexto alto se caracteriza por tener grupos sociales con patrones de interacción densa, sólida y estable, en los que la experiencia común reduce la necesidad de comunicar todo mediante las palabras. Por su parte, una cultura de contexto bajo se encuentra en aquellos grupos sociales que son más heterogéneos y no tienen la misma densidad, solidez o estabilidad en sus patrones de interacción, haciendo que el contexto no aporte tanto al proceso de comunicación como el lenguaje.

Al lado de este tipo de enfoque cualitativo, basado en muestras relativamente pequeñas y el análisis interpretativo, se encuentran los enfoques cuantitativos que emplean muestras mucho más grandes de individuos y métodos de clasificación basados en procedimientos estadísticos. Un buen ejemplo son los estudios de Inglehart (ver por ejemplo, Inglehart y Carballo, 1997) que se basan en la Encuesta Mundial de Valores. Como es típico en la investigación cuantitativa, este tipo de estudio conduce a un panorama más complicado: los gráficos preparados por Inglehart para clasificar y mapear culturas y países parecen nada menos que unas verdaderas rompecabezas. Y si a esta complejidad le añadimos la posibilidad de variaciones indivi-

duales en torno al modelo cultural dominante (por ejemplo, Triandis y otros, 1988), y la posible existencia de subculturas, vemos que la caracterización y clasificación de la cultura es una tarea compleja. De hecho, la existencia de diferencias culturales es, en última instancia, un asunto para la investigación minuciosa.

Dado lo anterior, las consideraciones que siguen representan más un ensayo de especulación que un ejercicio de demostración. Para facilitar el análisis, utilizamos el concepto de «cultura colectivista» propuesto por Hofstede ([1980] 2001) como marco general para analizar algunos aspectos de las experiencias sociales y cognitivas de los adolescentes de Venezuela⁴. En las culturas colectivistas, el individuo está relativamente bien integrado en grupos extendidos, los cuales le proporcionan apoyo y control. En cambio, en las culturas individualistas –que se encuentran ubicadas en el norte de Europa y Norteamérica– las personas están más estrechamente casados con sus propios intereses y los de su familia inmediata (véase, también, Hui y Triandis, 1986). El colectivismo y el individualismo tienen implicaciones para las instituciones sociales como la familia, la comunidad y los amigos, incluso, también para los marcos cognitivos que rigen la percepción del tiempo y, tal vez, del yo. Cada uno de estos temas es analizado por separado en lo que sigue.

F.1. Familia

La Tabla 2 proporciona un esquema de las preguntas de la ISRD sobre la familia. Estos ítems se centran casi por completo en la familia nuclear y –en una exploración empírica de la teoría de Hirschi (1969) sobre la delincuencia– en su funcionamiento como objeto de vinculación emocional y fuente de control social que ayude a evitar la conducta delictiva en el joven. Si bien la pregunta 1.6 reconoce la posibilidad de acuerdos alternativos para la crianza de los hijos, las preguntas siguientes se refieren sólo a los padres. Dos características de la situación de los hogares en Venezuela indican que el enfoque sobre los padres pierde de vista otros arreglos familiares para la crianza de los hijos y, por ende, algunas fuentes adicionales importantes para captar el afecto de los adolescentes y ejercer cierto control sobre ellos. El primero es la alta prevalencia de familias extensas que viven bajo un mismo techo, que pueden incluir uno o ambos abuelos del adolescente, hermanos de

⁴ Venezuela fue uno de los países incluidos por Hofstede en la muestra de culturas colectivistas.

los padres, o parientes más lejanos. El censo más reciente (2011) informa que el 43,5% de los hogares venezolanos está formado por familias extensas y otro 3,8% incluye a miembros ajenos a la familia (INE, 2012). A nivel internacional, el porcentaje de niños que probablemente viven con familias extensas es mayor en América Latina (por ejemplo, 45% en México, 55% en Colombia) con respecto a Europa occidental (por ejemplo, 17% en Francia) y América del Norte (por ejemplo, 29% en Estados Unidos) (Child Trends, 2014). Además, la prevalencia de las familias extensas está aumentando en muchos países de América Latina, posiblemente debido a los crecientes desafíos económicos para el establecimiento de una residencia independiente (Jelín y Díaz-Muñoz, 2003). Dentro de estas familias extensas, la responsabilidad por la crianza de los hijos puede ser compartida entre varios miembros del hogar, no solamente entre los padres.

Tabla 2. Preguntas sobre la familia en la ISRD-3

1.6) ¿Quiénes se encargan de tu crianza?

Padre y madre (o padrastro/madrastra)

Solo **uno** de tus padres (padre o madre)

Otros (especifique):

2.1) ¿Cómo te la llevas con tus padres?

Me llevo muy bien con mi padre (padrastro)

Me llevo muy bien con mi madre (madrastra)

Obtengo con facilidad el apoyo emocional y el cuidado de mis padres

Me sentiría muy mal si decepcionara a mis padres

2.2) ¿Normalmente cuántos días a la semana cenas con tus padres o con uno de ellos?

Marca UNA SOLA opción

2.3) ¿Con qué frecuencia se dan las siguientes afirmaciones?

Mis padres saben **dónde estoy** cuando salgo ...

Mis padres saben **lo que hago** cuando salgo ...

Mis padres saben **con qué amigos estoy** cuando salgo ...

Etc.

Los investigadores y otros comentaristas sobre la familia venezolana resaltan su carácter matrifocal, que coloca a la madre en el centro de una red de mujeres consanguíneas quienes colaboran en muchas tareas domésticas, incluyendo la crianza de niños. En su versión menos desarrollada, esta narrativa plantea, por una parte, una división entre los roles de género, con un hombre que se hace cargo de la representación fuera del hogar, incluida una parte o la totalidad de la generación de ingresos; mientras que, por otra, a los hijos varones se les permite mucho más tiempo fuera de la casa que a las hijas. También identifica a la abuela como una fuente clave de autoridad y control sobre los hijos (De Lima y Sánchez, 2008; Hurtado, 2003). En su versión más extrema, esta narrativa habla de las parejas

masculinas cumpliendo poco más de una función procreativa, bajo relaciones relativamente transitorias e inestables que no suponen más que un papel marginal en la vida doméstica (Moreno, 2002). En tales circunstancias, la red de apoyo femenino está aún más fuertemente desarrollada como, por ejemplo, cuando las madres salen a trabajar mientras que las abuelas cuidan de los niños (Hurtado, 2003). Este último modelo de dinámica familiar y doméstica ha sido denominado el modelo «caribeño» por algunos autores (ver, por ejemplo, Bovenkerk y Wolf, 2010; Parrado, 2002), y se piensa que puede ser particularmente común en los hogares venezolanos de bajos ingresos.

El nivel de ingresos también puede estar asociado con una segunda característica del hogar, que envuelve la agrupación de familias con relaciones de parentesco en determinados barrios y las interacciones entre ellas. Consideremos, a título de ejemplo, las tres familias estudiadas por Otálora Montenegro y Mora Salas (2004) que viven una al lado de las otras en un barrio de bajo nivel socioeconómico de Caracas:

- 1) Familia 1: hombre (29 años), mujer (36 años) - unión libre; tres hijos (12, 10, 8 años), un cuarto hijo de la esposa solamente (15 años).
- 2) Familia 2: mujer (35 años, hermana del hombre de la Familia 1); ocho hijas (edades 2-19 años), dos hijos (18, 5 años).
- 3) Familia 3: hombre (42 años, hermano de la mujer de la Familia 1, padre de los seis niños mayores de la Familia 2), mujer (37 años) - casada; hija (16 años), dos hijos (15, 10 años).

En esta pequeña agrupación, que Otálora Montenegro y Mora Salas denominan «familia extendida modificada», la organización de la crianza y cuidado de los niños no fue estudiada. Quizás estas actividades se llevaban a cabo de manera estable y rutinaria dentro de cada hogar. Pero también era posible que se establecieran arreglos entre dos o más hogares para ocuparse de los niños. Por ejemplo, además de recibir los cuidados de la madre, algunos de los niños más pequeños de la Familia 2 pueden haber sido cuidados o supervisados por sus hermanos mayores, su padre de la Familia 3, o su tío o tía de la Familia 1. Por otra parte, dichos arreglos podrían haber variado en el tiempo con bastante frecuencia según el cambio de las circunstancias individuales en cada casa. Este caso es posiblemente atípico debido a la proximidad física de los tres hogares, pero muchos subgrupos familiares en Venezuela están ubicados en la misma ciudad, si no en el mismo barrio, con capacidad de establecer y mantener redes de apoyo para cuestiones de salud (cuidar a los enfermos), alimentación (dando de comer), el cuidado de los niños, y el compartimiento del tiempo libre.

La importancia de la familia en la vida de los venezolanos, sugerida por casos como el de los tres hogares de Caracas (Otálora Montenegro y Mora Salas, 2004:83-88), es corroborada por los resultados de un proyecto internacional comparativo sobre los jóvenes de doce países en el que los encuestados venezolanos tenían mayor probabilidad que cualquier otra nacionalidad participante de nombrar a la familia como su principal fuente de apoyo (Felce Di-Paula, 2000). Estas densas redes de interacción e intercambio en familia se facilitan, pero no se determinan, por la proximidad física de las residencias y subrayan la dificultad de tratar a un solo hogar o a la familia nuclear como el dominio exclusivo de la crianza de niños y jóvenes. Como lo expresan De Lima y Sánchez (2008:14): «Las distintas familias se desenvuelven en un espacio ampliado, donde la casa del adulto mayor, la casa de cada descendiente, los patios, las calles aledañas y el vecindario se vinculan orgánicamente». Este modelo de organización, que se considera una fortaleza, más que una debilidad de la familia venezolana (Otálora Montenegro y Mora Salas, 2004), particularmente de cara a la adversidad económica, no es captado fácilmente por los censos gubernamentales o por las categorías de las encuestas estáticas y requiere desde luego un estudio especializado⁵. Y, volviendo al ítem 2.2 del instrumento ISRD-3, también plantea dudas sobre la cena con los padres como un indicador válido de la vinculación a la familia en ciudades como Caracas en la que esto no puede ser tan común debido al tráfico y el vivir lejos de los centros de trabajo.

Tabla 3. ISRD-3: Tiempo libre y amigos

5.3) ¿Con quién pasas la MAYOR parte de tu tiempo libre?

Solo.

Con mi familia.

Con 1-3 amigos.

Con un grupo más grande de amigos (4 o más).

5.7) ¿Algunas personas tienen un amigo o un grupo de amigos con los que pasan el tiempo haciendo cosas juntos o simplemente para pasar el rato? ¿Tú tienes un amigo o un grupo de amigos como ese?

5.8) Si tuvieras que mudarte a otra ciudad, ¿cuánto extrañarías a tu amigo o grupo de amigos?

5.9) ¿Consideras importante lo que tu amigo o grupo de amigos piensan sobre tí?

5.10) A veces los jóvenes hacen cosas ilegales. ¿Cuántos amigos tienes que han hecho alguna(s) de la(s) siguiente(s) cosa(s)?

Tengo amigos que han consumido drogas como marihuana, anfetaminas, éxtasis, cocaína o heroína...

Tengo amigos que han robado cosas de una tienda ...

Tengo amigos que se han metido en un edificio a robar algo...

⁵ Para un estudio experimental en África del efecto de los cambios en las definiciones de los hogares sobre los resultados de una encuesta, ver Beaman y Dillon (2012).

F.2. Iguales

La Tabla 3 muestra un ejemplo de los ítems del Módulo 5 del cuestionario ISRD-3 que indagan sobre las actividades de tiempo libre y los amigos. Como se refleja en el ítem 5.3, la distinción clave aquí es entre familia y amigos, con la suposición de que los únicos iguales que podrá tener un adolescente son los amigos. Las preguntas a continuación pasan a explorar el nivel de vinculación con los amigos y el grado en que estos últimos se involucran en comportamientos delictivos. En un contexto, como el venezolano, de hogares relativamente grandes y redes extensas de familias estos ítems no logran captar el contacto y las actividades compartidas que tienen lugar con los hermanos, primos y demás miembros de la familia que tienen más o menos la misma edad que el encuestado. Aunque no cabe duda de que no son amigos, porque en la cultura venezolana se reconoce la distinción entre familia y amigos, estos miembros de la familia pueden representar un grupo de iguales que es tan estable y, por lo menos, tan claramente identificado por sus integrantes como cualquier otro tipo de grupo de jóvenes. Los iguales vinculados a la familia pueden pasar gran parte del tiempo haciendo cosas juntos o «pasar el rato» y algunos de ellos también pueden haber incurrido en conductas delictivas, como hurtar en una tienda o golpear a alguien. Al no preguntar por este grupo de iguales, se pierde, por lo tanto, un elemento significativo de la vida de la mayoría de los adolescentes venezolanos. De hecho, una encuesta reciente a venezolanos de 15 a 29 años de edad encontró que un 93% de los encuestados reportó haber pasado al menos parte de su tiempo libre con la familia y el 79% informó salir con los amigos (Freitez y otros, 2014). El grado en que la «familia» incluye a los iguales, y salir con los amigos también incluya salir (pasar tiempo) con la familia, son incógnitas.

F.3. Los doce meses anteriores

El instrumento ISRD-3 mide la desviación preguntando al encuestado si alguna vez ha participado en una serie de actividades delictivas (técnicamente conocido como «prevalencia de vida») y, en caso afirmativo, con qué frecuencia en los últimos doce meses («incidencia - 12 meses»). De estas medidas, la incidencia durante doce meses (que también se puede convertir en una medida de la prevalencia de doce meses) es la más relevante para la contrastación de teorías. Esto se debe a que la mayoría de los ítems de la encuesta se refieren al «presente» (es decir, al momento en que los encuestados responden). Por lo tanto, se espera que la comparación de la pre-

valencia de 12 meses de la delincuencia con estas medidas actuales relativas a la familia, la escuela, el ocio y las actitudes, no perderá mucha validez a causa de la falta de sincronía exacta entre los períodos de referencia correspondientes.

El método de autoinforme, por supuesto, depende de la voluntad y de la capacidad de los participantes para recordar y reportar los hechos relevantes. Cuando los investigadores se han centrado en la capacidad de la persona de recordar los hechos de interés, han observado que esto no puede ser considerado como perfecto o incluso como invariante. El uso de claves de recuperación (por ejemplo, un calendario) y períodos de referencia más cortos (por ejemplo, seis meses o un mes) puede aumentar el número de incidentes recordados y ayudar a evitar su ubicación errónea (conocida como «el efecto telescópico»), ya sea dentro o fuera del período de referencia (Junger-Tas y Marshall, 1999; Lynch y Addington, 2011). Si bien la aspiración de desarrollar una encuesta «modelo» impulsa lentamente la intensa investigación metodológica en los países industrializados, las encuestas internacionales de autoinforme plantean una consideración adicional en relación al grado en que los miembros de las culturas menos industrializadas operan con una concepción similar del tiempo.

En general se acepta que una de las características distintivas de los principales grupos culturales es la forma en que conceptualizan, utilizan y hablan sobre el tiempo. Por ejemplo, en un libro ampliamente conocido Levine (2006) propuso que los habitantes de América del Norte, Europa occidental y Asia oriental piensan en términos del tiempo de reloj, reflejado originalmente y, sin duda, reforzado por la invención de la relojería mecánica. Por el contrario, las personas en América Latina y Asia piensan en términos del tiempo correspondiente al evento, que presumiblemente divide la experiencia temporal en unidades irregulares definidas por el principio y el final de los bloques socialmente significativos de actividades como una tarea (por ejemplo, la producción, la reparación, la cosecha) o una reunión (por ejemplo, fiesta, visita, velatorio). Por ejemplo, como Levine (2006:137) observó en América Latina: «Muchos brasileños que contestaron nuestras pruebas estaban completamente ajenos al sistema de la hora del reloj».

Una distinción similar ha sido propuesta entre culturas colectivistas que se cree que operan con una concepción «policrónica» del tiempo y las culturas individualistas que trabajan con una concepción «monocrónica» (Fulner y otros, 2014). En las «culturas policrónicas», las múltiples y simultáneas interacciones y obligaciones

sociales dan lugar a la participación en diversas actividades a la vez, lo que presumiblemente refleja o refuerza una concepción no lineal del tiempo. En cambio, en las «culturas monocrónicas» el tiempo es concebido en términos lineales y se construye mediante una secuencia de actividades individuales desarrolladas unas tras otras (Hall, 1983; Nonis y otros, 2005). Europa Occidental y la América anglosajona son consideradas como ejemplos de culturas individualistas monocrónicas, mientras que el sur de Asia, Oriente Medio y América Latina se citan con frecuencia como ejemplos de culturas colectivistas policrónicas. Por último, y en otro orden de ideas, la investigación lingüística ha establecido que algunos idiomas (como el inglés y el indonesio) expresan el tiempo en términos lineales (por ejemplo, hablando de un «largo tiempo»), mientras que otros (como el español y el griego) expresan el tiempo en términos de volumen o cantidad (por ejemplo, hablando de «mucho tiempo») (Casasanto y otros, 2004).

Aunque estas líneas de investigación se encuentran todavía en una etapa incipiente, son indicativas de diferencias culturales potencialmente importantes en las concepciones del tiempo que pueden tener implicaciones importantes para los patrones de recuerdo. Al igual que la mayoría de las encuestas de autoinforme, la ISRD-3 utiliza una concepción lineal del tiempo, pidiéndole a los encuestados que indiquen todas las conductas desviadas cometidas durante los últimos doce meses. Si los adolescentes venezolanos viven en una cultura colectivista policrónica, su capacidad para ubicar con precisión los eventos dentro de los últimos doce meses puede ser más baja que la de los adolescentes en la cultura individualista monocrónica de Europa Occidental y América anglosajona⁶. Por ende, y otras cosas siendo iguales, la cantidad de hechos reportados por los adolescentes venezolanos podría ser más baja que los hechos reportados por sus homó-

⁶ En un estudio sobre el recuerdo de episodios de enfermedad y tratamiento desarrollado en la India por Das, Hammer y Sánchez Páramo (2012:76-77) se informa que «las narrativas sobre enfermedad en los hogares pobres que entrevistamos estaban temporalmente fracturadas y confusas», mientras que las respuestas de los hogares más ricos «coincidieron bien con los modelos teóricos y cognitivos utilizados con frecuencia en la investigación sobre la economía de la salud». Estos autores encontraron que, en comparación con un período de referencia de una semana, «Entre los pobres, el reporte mensual “borra” casi la mitad de la carga de morbilidad de las enfermedades agudas, más de un tercio de las visitas al médico... y casi la mitad de todos los episodios de automedicación» (77). Los investigadores no exploran la posible dimensión cultural de la «confusión temporal» y el «caos» en la vida de las personas pobres, aunque sí notan —de manera significativa en nuestra opinión— que los hogares pobres están fuera de la organización industrial de las empresas de atención médica.

logos en los países industrializados. Ahora bien, ante la falta de investigación sistemática, cualquier efecto de la concepción del tiempo y el tipo de telescopio temporal sobre los autoinformes de la conducta delictiva sólo puede ser especulativo, pero no puede ser descartado. Observamos, además, que en una cultura policrónica, como la que se atribuye a Venezuela, la noción de «tiempo libre» –uno de los ejes de preguntas del ISRD– puede tener menos resonancia en los encuestados que en las culturas monocrónicas, en las cuales la estructuración secuencial del tiempo y su organización en bloques de actividad (escuela, tareas, tiempo libre, etc.) son mucho más marcadas.

F.4. ¿Quién soy?⁷

La Tabla 4 presenta algunos de los ítems de la escala de autocontrol usada en la ISRD-3, la cual es una versión abreviada del instrumento original de Grasmick y otros (1993). En la encuesta se les pide a los encuestados que se describan a sí mismos mediante la selección de una opción de la escala Likert que acompaña a cada ítem. La tarea parece sencilla y, por supuesto, la escala de Grasmick y colaboradores, en su versión completa o abreviada, ha sido validada en numerosas pruebas empíricas desarrolladas en varios países (Rodríguez, 2012; Serrano Maíllo, 2011; Tittle y otros, 2003).

Sin embargo, los psicólogos culturales han propuesto que las concepciones del yo y las fuentes de información usadas para su construcción difieren entre las culturas colectivistas e individualistas. Por ejemplo, Triandis (1989) propuso una distinción entre un yo privado (por ejemplo, «actúo al calor del momento»), un yo público (por ejemplo, «la gente piensa que actúo al calor del momento») y un yo colectivo (por ejemplo, «mi familia piensa que actúo al calor del momento»). En igualdad de condiciones, cuando preguntadas sobre cómo son, las personas en una cultura colectivista se referirán con más frecuencia a su yo colectivo que a su yo privado o público. En cambio, en las culturas individualistas las personas tenderán a referirse a su yo privado. Es obvio que, si los tres tipos de yo no coinciden, estos patrones de respuestas atentarán contra su comparabilidad entre culturas diferentes.

⁷ Esta es la pregunta que se repite en el *Twenty Statements Test* (una prueba que consta de 20 afirmaciones), utilizado por los psicólogos para evaluar rasgos de la personalidad. En esta sección se examina brevemente el pensamiento psicológico actual sobre la relación entre cultura y personalidad y observamos algunas consecuencias para el diseño de algunos ítems de la encuesta ISRD que buscan medir personalidad.

Tabla 4. ISRD-3: Autocontrol**6.5) ¿Qué tan de acuerdo o desacuerdo está Ud. con las siguientes afirmaciones?**

Actúo al calor del momento sin detenerme a pensar.

Hago lo que me da placer en el momento, incluso sabiendo que me puede traer consecuencia en un futuro.

Me preocupa más lo que me pasa ahora, que lo que me pueda pasar en un futuro... etc.

Muy relacionado con lo anterior, Markus y Kiyatama (1991) distinguen entre la concepción independiente o interdependiente del yo. La primera, que se encuentra con frecuencia en las culturas «occidentales», se entiende en términos de rasgos y tendencias estables de comportamiento, mientras que la segunda, que es característica de Asia, África, América Latina y muchos países del sur de Europa, se interpreta en términos de las relaciones interpersonales y las contingencias situacionales. Aunque las personas en todas las culturas pueden evaluar sus propios rasgos (como impulsividad, búsqueda de sensaciones, etc.) «se espera que los rasgos jueguen un papel más importante en auto-conceptos, descripciones de personas, atribuciones causales y pronósticos de comportamientos en culturas y personas individualistas que en culturas y personas colectivistas» (Church, 2000: 670). Si este es el caso, en los países colectivistas como Venezuela una medida del autocontrol basada en el rasgo, posiblemente puede presentar una relación más débil con la conducta delictiva, que una medida del autocontrol de tipo conductual (incluidas las medidas de comportamiento capturadas mediante los ítems de encuestas). Cabe señalar, sin embargo, que los psicólogos no están de acuerdo sobre el estatus empírico y el significado de amplias categorías conceptuales como, por ejemplo, el «colectivismo» e «individualismo» y se está desarrollando una cantidad importante de estudios que exploran la variación cultural en las concepciones del yo y su relación con el comportamiento (por ejemplo, Cheung y otros, 2011; Church, 2000; Watkins y otros, 1998). Como tal, las implicaciones de estas investigaciones para el diseño de encuestas son provisionales y no definitivas.

F.5. Abordando las diferencias ocultas

Que nuestra discusión de las diferencias ocultas sea especulativa y no confirmatoria, revela lo incipiente y provisional que es el conocimiento sobre las variaciones de aquellas dimensiones que son clave en la experiencia social y en los procesos cognitivos en diferentes regiones del mundo. Estas representan líneas muy valiosas para futu-

ras investigaciones cuyos resultados siempre estarán condicionados por los (des)acuerdos teóricos entre los investigadores, el número de países que participan en el estudio, y la metodología utilizada en la recolección de información. También hay que tomar en cuenta la velocidad de los cambios sociales e individuales ya que las diferencias de hoy pueden transmutarse en las semejanzas de mañana. Así, todavía no hay respuestas definitivas a estas interrogantes y plantear que los proyectos de encuestas internacionales deban esperar a los resultados definitivos de este tipo de investigación sería condenarlos a un retraso permanente. Mientras tanto, los temas de esta línea de investigación cultural ofrecen sugerencias importantes con respecto a una serie de aspectos que merecen una constante atención en el diseño y evaluación de los actuales instrumentos de medición. Por ejemplo, las futuras encuestas de delincuencia autoinformada en Venezuela podrían formular nuevas preguntas acerca de la composición del hogar, los arreglos familiares y la composición del grupo de iguales para explorar fuentes adicionales de vinculación con la familia y con los iguales. El período de referencia para reportar la conducta delictiva podría acortarse de un año a, por ejemplo, seis meses. Y ese período podría definirse en términos de un evento importante, como el año escolar, el año nuevo, Carnaval, o Semana Santa, para anclar su punto de arranque en algo menos abstracto o lineal que «los últimos seis meses»⁸. También, los ítems que miden tendencias personales podrían centrarse en indicadores de conductas en lugar de la autoevaluación de rasgos⁹. Los resultados de estas innovaciones deben ser evaluados mediante comparaciones sistemáticas en el marco de

⁸ Para anclar el inicio del período de referencia en un evento claramente ubicable, y a la vez utilizar un período de tiempo más corto (como, por ejemplo, seis meses), se podría realizar la encuesta a principios del mes de julio con la indicación a los encuestados que piensen en el tiempo transcurrido desde Año Nuevo. O, se podría realizar la encuesta a principios de abril y preguntar sobre los últimos tres meses, nuevamente con el anclaje inicial en el Año Nuevo. Ahora bien, se sabe que la prevalencia de conductas de interés disminuye en la medida que se acorte el período de referencia ya que, otras cosas siendo iguales, cuanto mayor el tiempo de referencia mayor la posibilidad de que ocurra algo. Sin embargo, valdría la pena comparar diferentes períodos de referencia para estimar sus efectos sobre la prevalencia de conductas desviadas reportadas por los encuestados.

⁹ Para su adecuado desarrollo, esta estrategia requiere mucha reflexión, exploración y estudio. Por ejemplo, para tomar un solo conjunto de ítems del ISRD-3, aquellos referidos al nivel de autocontrol, habría que diseñar maneras alternativas de medir el comportamiento del encuestado. Por ejemplo, para un ítem que actualmente reza así: «Me preocupa más lo que me pasa ahora, que lo que me pueda pasar en un futuro» quizás una posibilidad sea plantear algún escenario típico y ofrecer opciones de respuesta que se centran, por una parte, en consideraciones relacionadas con el aquí y ahora y, por otra, en consideraciones relativas al futuro.

los diseños existentes, con el fin de identificar su efecto (si lo hay) en el proceso de medición.

G. Conclusión

Cheung, van der Vijver y Leong (2011: 595) sostienen que «[Si] se trabaja con un instrumento importado, hay aspectos culturales de un constructo que permanecerán ocultos». En nuestra propia participación en el proyecto ISRD-3, la necesidad de emplear un método estandarizado en todos los países nos llevó a centrarnos en la homologación de la estrategia de muestreo y en la traducción del instrumento del inglés al español, en lugar de la tarea más amplia y desafiante de lograr que el instrumento de medición fuera equivalente desde un punto de vista cultural. De hecho, el muestreo de una población escolar con una presencia bastante acentuada de estudiantes de ingresos medios pudo habernos llevado a asumir mayor equivalencia cultural entre los ítems del instrumento y las características culturales de los adolescentes venezolanos que una consideración más detallada arroja. Como hemos visto, Venezuela ha sido calificada por los investigadores internacionales en términos generales como una cultura andino/caribeña, colectivista y policrónica y, si bien dichas categorizaciones requieren de evaluación y mayor especificación, las mismas pueden reflejar algunas particularidades culturales importantes, sobre todo entre los grupos de menores ingresos. En la medida que esas particularidades se confirmen, la inclusión de Venezuela en un proyecto internacional como la ISRD plantea desafíos importantes con relación a la equivalencia de los instrumentos de medición en las diferentes culturas. El planteamiento no es que Venezuela sea un caso único; simplemente algunos rasgos de la vida y cultura del país apuntan a la necesidad de estudiar la interacción entre el proceso de medición y el marco cultural. Y si bien hemos planteado estas interrogantes para los proyectos internacionales, como el ISRD, también tienen relevancia para las investigaciones nacionales que abarcan grupos con particularidades culturales, tales como las poblaciones indígenas en América Latina o los inmigrantes en los países industrializados.

Las «diferencias ocultas» son tanto una hipótesis como una generalización firme. Su investigación exige un enfoque diferente para el diseño de instrumentos, por supuesto, con el desarrollo de mucha investigación de tipo exploratorio para probar modelos alternativos dentro y entre los países. Por lo tanto, los resultados de cualquier búsqueda de las diferencias culturales que afectan el proceso de medición pueden revelar la presencia (o ausencia) de algunas que son

de especial consideración. Cuando se encuentren diferencias culturales significativas, tendrán que ser rediseñados los instrumentos internacionales como el ISRD para tomarlas en cuenta. Esto requerirá la participación de equipos multiculturales (Greenfield, 1997) en el diseño de instrumentos con el propósito de «descentrar» (Hofstede, [1980] 2001), esto es eliminar en la medida que sea posible, la impronta cultural de sus ítems. Y esta estrategia de diseño también promovería un proceso más universal para la operacionalización de conceptos teóricos clave –incluso un concepto supuestamente tan general como el del autocontrol en la Criminología.

Referencias

- AEBI, M.F. (2009) Self-reported delinquency surveys in Europe. En: Zauberman, R. (comp.) *Self-Reported Crime and Deviance Studies in Europe*. Brussels: VUBPRESS Brussels University Press, 11-49.
- ALONSO, A. (1998) Urban graffiti on the city landscape. Ponencia presentada en la Western Geography Graduate Conference, San Diego State University, 14 de febrero. URL (consultado 28 de marzo 2015): <http://www.asu.edu/courses/aph294/total-readings/alonso%20--%20urbangraffiti.pdf>.
- BANVILLE, D., DESROSIERS, P. y GENET-VOLET, Y. (2000) Translating questionnaires and inventories using a cross-cultural translation technique. *Journal of Teaching in Physical Education* 19: 374-387.
- BEAMAN, L. y DILLON, A. (2012) Do household definitions matter in survey design? Results from a randomized survey experiment in Mali. *Journal of Development Economics* 98: 124-135.
- Berry, J.W. y otros (2002) *Cross-Cultural Psychology: Research and Applications*. Nueva York: Cambridge University Press.
- BIRKBECK, C. (1995). La conducta problemática juvenil según dos estudios de auto-revelación realizadas en la ciudad de Mérida (1986, 1995). *Revista Cenipec* 16: 35-68. URL: <http://www.saber.ula.ve/bitstream/123456789/23610/1/articulo2.pdf>
- BOVENKERK, F. Y WOLF, T. (2010) Surinam. En: Junger-Tas J y otros. (comp.) *Juvenile Delinquency in Europe and Beyond: Results of the Second International Self-Report Delinquency Study*. Nueva York: Springer-Verlag, 399-407.
- CASASANTO, D.J. y otros (2004) How deep are effects of language on thought? Time estimation in speakers of English, Indonesian, Greek, and Spanish. En: Forbus K, Gentner D y Regier T (comp.)

- Proceedings of the 26th Annual Meeting of the Cognitive Science Society*. Mahwah, NJ: Erlbaum, 186-191.
- CHEUNG, F.M., VAN DER VIJVER, F.J.R. y LEONG, F.T.L. (2011) Toward a new approach to the study of personality in culture. *American Psychologist* 66(7): 593-603.
- CHILD TRENDS (2014) *World Family Map 2014: Mapping Family Change and Child Well-Being Outcomes*. URL (consultado 28 de marzo 2015): http://worldfamilymap.org/2014/wp-content/uploads/2014/06/WFM-2014-Final_ForWeb.pdf.
- CHURCH, A.T. (2000) Culture and personality: Toward an integrated cultural trait psychology. *Journal of Personality* 68(4): 651-703.
- DAS, J., HAMMER, J. y SÁNCHEZ PARAMO, C. (2012) The impact of recall periods on reported morbidity and health seeking behavior. *Journal of Development Economics* 98: 76-88.
- DE LIMA, B. y SÁNCHEZ, Y. (2008) Redes femeninas, familia popular y ancianidad en Venezuela. *Perspectivas Sociales* 10(1). URL (consultado 28 de marzo 2015): <http://www.perspectivassociales.uanl.mx/index.php/pers/article/view/50>.
- ELLIOTT, D.S. y HUIZINGA, D. (1989) Improving self-reported measures of delinquency. En: Klein M (comp.) *Cross-National Research in Self-Reported Crime and Delinquency*. Dordrecht: Kluwer, 155-186.
- El Universal* (2009) ¿Cuál es tu opinión acerca de los graffitis? Caracas, 19 Octubre. URL (consultado 28 de marzo 2015): http://www.eluniversal.com/2009/10/19/dbvia_esp_cual-es-tu-opinion_19A2920371.
- El Universal* (2011) Cultura del graffiti es cada vez más difícil de detener. Caracas, 10 Julio. URL (consultado 28 de marzo 2015): http://www.eluniversal.com/2011/07/10/imp_cultura-del-graffiti-es-cada-vez-mas-dificil-de-detener.
- FELCE-DiPAULA, M.E. (2000) Venezuela: Advantaged and non-advantaged youth in Caracas. En: Gibson-Cline J (comp.) *Youth and Coping in Twelve Nations: Surveys of 18-20-Year-Old Young People*. Nueva York: Routledge, 189-200.
- FREITEZ, A. y otros (2014) *Encuesta Nacional de Juventud 2013. La Juventud Venezolana Protagonista de la Democracia*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello. URL (consultado 28 de marzo 2015): <http://proyectojuventud.ucab.edu.ve/wp-content/uploads/2014/07/Resumen-para-la-prensa.pdf>.
- FULMER, C.A., CROSBY, B. y GELFLAND, M.J. (2014) Cross-cultural perspectives on time. En: Shipp AJ y Fried Y (comp.) *Time and*

- Work, Volume 2: How Time Impacts Groups, Organizations and Methodological Choices*. Hove, UK: Psychology Press, 53-75.
- GOTTFREDSON, M.R. y HIRSCHI, T. (1990) *A General Theory of Crime*. Stanford, CA: University of California Press.
- GRASMICK, H. y otros (1993) Testing the core empirical implications of Gottfredson and Hirschi's general theory of crime. *Journal of Research in Crime and Delinquency* 30(1): 5-29.
- GREENFIELD, P.M. (1997) You can't take it with you: Why ability assessments don't cross cultures. *American Psychologist* 52(10): 1115-1124.
- HAEN-MARSHALL, I. (2010) 'Pourquoi pas?' versus 'Absolutely not!' Cross-national differences in access to schools and pupils for survey research. *European Journal on Criminal Policy and Research* 16: 89-109.
- HALL, E.T. (1976) *Beyond Culture*. Nueva York: Doubleday.
- HALL, E.T. (1983) *The Dance of Life, The Other Dimension of Time*. Nueva York: Doubleday.
- HALL, E.T. y HALL, M. (1990) *Hidden Differences: Doing Business with the Japanese*. Nueva York: Doubleday.
- HINDELANG, MICHAEL, J. y otros (1979) Correlates of delinquency: The illusion of discrepancy between self-report and official measures. *American Sociological Review* 44:995-1014.
- HIRSCHI, T. (1969) *Causes of Delinquency*. Berkeley: University of California Press.
- HOFSTEDE, G. ([1980] 2001) *Culture's Consequences*. Beverly Hills, CA: Sage.
- HUI, H.H. y TRIANDIS, H.C. (1986) Individualism-collectivism: A study of cross-cultural researchers. *Cross-Cultural Psychology* 17(2): 225-248.
- HURTADO, S. (2003) La participación discordante en la familia y los niveles de su transformación simbólica. *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* 9(1): 61-83.
- INE (Instituto Nacional de Estadística) (2012) Procesamiento de Microdatos Censales. URL (consultado 28 de marzo 2015): <http://www.redatam.ine.gov.ve/Censo2011/index.html>.
- INGLEHART, R. y CARBALLO, M. (1997) Does Latin America exist? (And is there a Confucian culture?): A global analysis of cross-cultural differences. *PS: Political Science and Politics* 30(1): 34-47.
- JELIN, E. y DÍAZ MUÑOZ, A.R. (2003) *Major Trends Affecting Families: South America in Perspective*. Nueva York: United Nations, Department of Economic and Social Affairs.

- JUNGER-TAS, J. (2010) The significance of the International Self-Report Delinquency Study (ISRD). *European Journal on Criminal Policy and Research* 16: 71-87.
- JUNGER-TAS, J. y HAEN-MARSHALL, I. (1999) The self-report method in crime research. *Crime and Justice* 25: 291-367.
- JUNGER-TAS, J., HAEN-MARSHALL, I. y RIBEAUD, D. (2003) *Delinquency in an International Perspective: The International Self-Reported Delinquency Study (ISRD)*. Monsey, NY: Criminal Justice Press.
- JUNGER-TAS, J. y otros (comp.) (2010) *Juvenile Delinquency in Europe and Beyond: Results of the Second International Self-Report Delinquency Study*. New York: Springer.
- KLEIN, M.W. (ed.) (1989) *Cross-National Research in Self-Reported Crime and Delinquency*. Dordrecht/Boston: Kluwer Academic Publishers.
- La Patilla (2012) Venezuela: El país donde reina la piratería. 8 de agosto.
- LEVINE, R. (2006) *A Geography of Time: The Temporal Misadventures of a Social Psychologist; or How Every Culture Keeps Time Just a Little Bit Differently*. Oxford: Oneworld.
- LUGO, J. y SAMPSON, T. (2008) E-informality in Venezuela: The «other path» of technology. *Bulletin of Latin American Research* 27(1): 102-118.
- LYNCH, J.P. y ADDINGTON, L.A. (2010) Identifying and addressing response errors in self-report surveys. En: Piquero AR y Weisburd D (comp.) *Handbook of Quantitative Criminology*. Nueva York: Springer, 251-272.
- MARKUS, H.R. y KITAYAMA, S. (1991) Cultural variation in self-concept. En: Strauss J y Goethals GR (comp.) *The Self: Interdisciplinary Perspectives*. Nueva York: Springer-Verlag, 18-48.
- MESSNER, S.F. y ROSENFELD, R. (2007) *Crime and the American Dream*. Belmont, CA: Wadsworth.
- MORENO, A. (2002) *Buscando Padre. Historia de Vida de Pedro Luis Luna*. Valencia, Venezuela: Edición Universidad de Carabobo.
- NONIS, S.A., TENG, J.K. y FORD, C.W. (2005) A cross-cultural investigation of time management practices and job outcomes. *International Journal of Intercultural Relations* 29: 409-428.
- OTÁLORA MONTENEGRO, C. y MORA SALAS, L. (2004) La familia popular venezolana: El significado de la infidelidad en el contexto de la pobreza. *Cuadernos del CENDES* 21(55): 75-100.

- PARRADO, E.A. (2002) Socioeconomic context, family regimes, and women's early labor market experience: The case of Colombia and Venezuela. *World Development* 30(5): 799-816.
- RODRÍGUEZ, J.A. (2012) Características psicométricas de la Low Self-Control Scale de Grasmick, Tittle, Bursik y Arneklev: Resultados preliminares de una versión en español. *Revista CENIPEC*, 31: 207-237.
- SERRANO MAÍLLO, A. (2011) *El Problema de las Contingencias en la Teoría del Autocontrol: Un test de la Teoría General del Delito*. Madrid: Dykinson.
- SSAMULA, M. (1995) Kampala (Uganda). En: Zvekic U y Alvazzi del Frate A (comp.) *Criminal Victimization in the Developing World*. Roma: United Nations Interregional Crime and Justice Research Institute, 379-410.
- THORNBERRY, T. y KROHN, M. (2000) The self-report method for measuring delinquency and crime. En: Duffee, D. y otros (comp.) *Criminal Justice 2000: Volume 4: Measurement and Analysis of Crime and Justice*. Washington, DC: US Department of Justice, 33-83.
- TITTLE, C.R., WARD, D.A. y GRASMICK, H.G. (2003) Self-control and crime/deviance: Cognitive vs. behavioral measures. *Journal of Quantitative Criminology* 19(4): 333-365.
- TRIANDIS, H.C. (1989) The self and social behavior in differing cultural contexts. *Psychological Review* 96(3): 506-520.
- TRIANDIS, H.C. y otros (1988) Individualism and collectivism: Cross-cultural perspectives on self-ingroup relationships. *Journal of Personality and Social Psychology* 54(2): 323-338.
- TYLER, T.R. (2006) *Why People Obey the Law*. New Haven, CT: Yale University Press.
- VN DIJK, J., KESTEREN, J. y SMIT, P. (2007) *Criminal Victimization in International Perspective: Key Findings from the 2004-2005 ICVS and EU ICS*. Países Bajos: Ministerio de la Justicia. URL (consultado el 23 de abril 2015): <http://repository.tudelft.nl/view/wodc/uuid:e9af6c3f-260a-4d5c-9d3f-1b2100a233f0/>.
- WATKINS, D. y otros (1998) Cultural dimensions, gender, and the nature of self-concept: A fourteen-country study. *International Journal of Psychology* 33(1): 17-31.
- WIKSTRÖM, P.O.H. (2009) *Situational Action Theory*. Oxford: Oxford University Press.